

Mensaje siete

**El Espíritu que habla a las iglesias,
Aquel que tiene la llave de David
y Aquel que cenará con los vencedores**

Lectura bíblica: Ap. 3:7-22

I. En Apocalipsis 2 y 3 Cristo es el Espíritu que habla a todas las iglesias:

- A. En Apocalipsis 2 y 3 el hablar del Cristo ilimitado, liberador de vida, siete veces intensificado y pneumático a las siete iglesias al comienzo de cada epístola respectivamente (2:1, 8, 12, 18; 3:1, 7, 14) llega a ser el hablar del Espíritu siete veces intensificado, todo-inclusivo y vivificante a las siete iglesias al final de cada epístola universalmente (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22).
- B. Por consiguiente, el Cristo que habla llega a ser el Espíritu que habla, esto es, el Espíritu que habla a todas las iglesias; Cristo habla a una iglesia local en particular, y el Espíritu habla al Cuerpo universal.
- C. Esto no sólo indica que el Espíritu es el Señor y que el Señor es el Espíritu, sino que también recalca que en la oscuridad de la degradación de la iglesia el Espíritu es de vital importancia, según lo indica el Espíritu siete veces intensificado mencionado en 1:4.
- D. Las siete epístolas vistas en Apocalipsis 2 y 3 son palabras habladas por el Señor Jesús, pero cuando nosotros las leemos hoy en día, los siete Espíritus de Dios nos hablan estas palabras en nuestro espíritu para el propósito de la economía de Dios; lo dicho por el Señor al comienzo de cada epístola es dirigido a una determinada iglesia local, pero cuando las personas de todas las eras lo leen, llega a ser el hablar del Espíritu a todas las iglesias.
- E. El hablar del Espíritu siempre hace que nos volvamos para recibir la infusión de Cristo; el hablar del Espíritu es la infusión de Cristo—cfr. 2 Co. 3:16-18:
 - 1. Siempre que escuchamos el hablar de los siete Espíritus de Dios a las iglesias, inmediatamente estamos bajo una transfusión preciosa, dulce y querida, una infusión que nos cambia, nos transforma, nos hace el material apropiado y nos edifica en el edificio de Dios.
 - 2. Todo lo que debe ir al lago de fuego es incinerado por las siete lámparas (Ap. 4:5), y ahora nos encontramos bajo los siete ojos (5:6) siendo infundidos con todo lo que Cristo es a fin de que lleguemos a ser parte de la Nueva Jerusalén.

EL ESPÍRITU QUE HABLA A LAS IGLESIAS

Mensaje siete (continuación)

- F. Aunque los creyentes en las iglesias se encuentran en una posición de oír el hablar del Espíritu y, por tanto, podrían fácilmente tener oídos para oír, no todos siguen fielmente Su hablar; por tanto, hay un llamado a los vencedores.
- G. Los que tienen oído para oír lo que el Espíritu dice a las iglesias deberían oír, y los que oigan serán vencedores:
1. El Señor siempre quiere abrir nuestros oídos a fin de que oigamos Su voz para que podamos ver las cosas conforme a Su economía—Job 33:14-16; Is. 50:4-5; Éx. 21:6.
 2. Los oídos pesados necesitan ser circuncidados—Jer. 6:10; Hch. 7:51.
 3. Los oídos de los pecadores necesitan ser purificados con la sangre redentora y ungidos con el Espíritu—Lv. 14:14, 17, 28.
 4. Para que sirvamos al Señor como sacerdotes, nuestros oídos deben ser purificados con la sangre redentora—Éx. 29:20; Lv. 8:23-24.
 5. Mientras el Espíritu habla a las iglesias, todos necesitamos tener un oído abierto, circuncidado, purificado y ungido para oír el hablar del Espíritu.
- H. El hablar del Espíritu abarca las siete clases de iglesias vistas en la historia de la iglesia: la iglesia inicial (Éfeso), la iglesia sufriendo (Esmirna), la iglesia mundana (Pérgamo), la iglesia apóstata (Tiatira), la iglesia reformada (Sardis), la iglesia recobrada (Filadelfia) y la iglesia recobrada que se degradó (Laodicea):
1. Las últimas cuatro clases de iglesias permanecerán hasta que el Señor regrese.
 2. Indudablemente, sólo la iglesia recobrada puede cumplir el propósito eterno de Dios, y ésta es lo único que el Señor busca; debemos aceptar la elección del Señor.
 3. Laodicea es una Filadelfia distorsionada, la cual es tibia y tiene orgullo espiritual—Ap. 3:14-17:
 - a. Laodicea significa saberlo todo, pero en realidad, no ser fervientes en nada; en nombre lo posee todo, pero no puede sacrificar su vida por nada; recuerda su antigua gloria, pero olvida su presente condición delante de Dios.
 - b. Si queremos continuar en el camino de Filadelfia, debemos recordar humillarnos delante de Dios—cfr. vs. 7-22; Is. 57:15; 66:1-2.

Mensaje siete (continuación)

II. En la iglesia recobrada (Filadelfia), Cristo es visto como Aquel sobre cuyo hombro está puesta la llave de (la casa del tesoro de) la casa de Dios (tipificada por la casa de David para la edificación del reino de Dios)—22:22; Ap. 3:7:

- A. Para la iglesia recobrada, Cristo es Aquel que tiene la llave de David, la llave del reino, con autoridad para abrir y cerrar; el Señor le ha dado a la iglesia recobrada que está en unanimidad una puerta abierta que nadie puede cerrar—v. 8; cfr. Sal. 133.
- B. La llave de David nos abre la puerta para que seamos transformados en una piedrecita blanca y edificados en la casa de Dios como una columna con el nombre de Dios, el nombre de la Nueva Jerusalén y el nombre nuevo del Señor—Ap. 2:17; 3:12:
 - 1. El hecho de que seamos edificados en Dios, lleguemos a ser constituyentes de la Nueva Jerusalén y lleguemos a ser parte del Cristo nuevo es humanamente imposible, pero la ley del Espíritu de vida en nosotros contiene un elemento que da fin a la imposibilidad—Ro. 8:2; Ap. 3:7-13; cfr. Gn. 28:12-19; Jn. 1:51.
 - 2. Cristo tiene la llave para controlar la puerta de la casa del tesoro de Dios, donde están las riquezas de Dios en Cristo para nuestro disfrute; nosotros hemos experimentado cómo Él nos ha abierto y cerrado el acceso a estas riquezas—Ef. 4:30; 1 Ts. 5:17; 1 Jn. 1: 7, 9:
 - a. A fin de disfrutar Sus riquezas como tesoro necesitamos permanecer en el toque con el Señor, manteniéndonos en contacto con el Señor según el sentir de vida, para ser pobres en espíritu y ser de corazón puro—2 Co. 2:10; Ro. 8:6; 10:12-13; Col. 3:16; Mt. 5:3, 8.
 - b. A fin de disfrutar Sus riquezas como tesoro necesitamos aprender a ejercitarnos para usar las llaves de negarnos a nuestro yo, tomar la cruz y perder la vida del alma; todos nosotros somos los “Sebna”, aquellos que deberíamos ser quitados y reemplazados por Cristo a fin de que Él sea todo en nosotros y para nosotros y haga todo por medio de nosotros y por nosotros—Is. 22:15-19; Mt. 16:24-25.

III. En la iglesia recobrada que luego se degradó, Cristo es visto como Aquel que cenará con los vencedores y les dará que se sienten con Él en Su trono, así como Él ha vencido y se ha sentado con Su Padre en Su trono—Ap. 3:20-21:

Mensaje siete (continuación)

- A. “He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”—v. 20:
1. La puerta no es la puerta de los corazones de individuos, sino la puerta de la iglesia; el Señor como Cabeza de la iglesia está parado afuera de la iglesia degradada, llamando a su puerta.
 2. La puerta es la puerta de la iglesia, pero es abierta por los creyentes individuales; la iglesia en Laodicea tiene conocimiento, pero no tiene la presencia del Señor.
 3. A los ojos del Señor la iglesia recobrada que luego se degradó es (1) desventurada, porque está orgullosa de ser rica en el conocimiento vano de doctrina, mientras que en realidad es sumamente pobre en la experiencia de las riquezas de Cristo; (2) miserable, porque está desnuda, ciega y llena de vergüenza y oscuridad; (3) pobre, porque es pobre en cuanto a la experiencia de Cristo y en cuanto a la realidad espiritual de la economía de Dios; (4) ciega, porque carece de verdadera percepción espiritual en las cosas espirituales genuinas; y (5) está desnuda, porque no vive por Cristo ni vive a Cristo como su justicia subjetiva, la cual es la segunda vestidura en su andar diario—vs. 15-17; cfr. Sal. 45:1, 9-14.
 4. El Señor está tratando con toda la iglesia, pero aceptar el trato que viene del Señor debe ser un asunto personal y subjetivo.
 5. Cenar con el Señor no meramente consiste en comer un solo ítem de comida, sino en participar de las riquezas de una comida, un banquete; esto podría implicar el cumplimiento del tipo de los hijos de Israel en su experiencia de comer el rico producto de la buena tierra de Canaán—Jos. 5:10-12.
 6. Por medio de nuestro disfrute de Cristo como Aquel que es el árbol de la vida, el maná escondido y el banquete, nosotros nos mezclaremos con Él en nuestra constitución intrínseca para ser una sola entidad a fin de expresarlo como la Nueva Jerusalén—Ap. 2:7, 17; 3:20.
- B. “Al que venza, le daré que se siente conmigo en Mi trono, como Yo también he vencido, y me he sentado con Mi Padre en Su trono”—v. 21:
1. Sentarse con el Señor en Su trono será un premio dado al que venza a fin de que participe en la autoridad del Señor y sea correy junto con Él al gobernar sobre toda la tierra en el reino milenarío venidero—Lc. 19:11-27; Mt. 25:21, 23.

Mensaje siete (continuación)

2. La intención de Dios es forjarse en el hombre y obrar en él a fin de que el hombre pueda estar en el trono; Su deseo es hacernos personas del trono—Ap. 2:26-27; 3:21; 22:5; cfr. Is. 14:12-14.
3. Mediante Su crucifixión, resurrección y ascensión, el Señor Jesús fue llevado al trono; un hombre verdadero, cuyo nombre es Jesús, está en el trono (Ez. 1:26); hoy en día el Señor del cielo y de la tierra, el Señor del universo, es un hombre; por eso declaramos: “Jesús es Señor”, y por eso invocamos: “Oh Señor Jesús”.
4. El Señor Jesús ha ido delante de nosotros al trono; Él fue el Pionero, el Precursor (He. 6:20; 2:6-9), quien abrió el camino al trono; Él ha abierto el camino y tomado la delantera para que lo sigamos (vs. 10-12).
5. Ahora marchamos hacia el trono, pues Dios tiene la intención de introducirnos en la gloria y establecernos sobre el trono; Dios desea manifestarse por medio del hombre y desea reinar, administrar, por medio del hombre; la intención de Dios es derribar a Satanás y redimir a muchos de los que fueron llevados cautivos por Satanás y traerlos a Su trono.
6. Hemos sido llamados para ser hijos de Dios, y nuestro destino es ser reyes, pero necesitamos que Dios obre en nosotros y sobre nosotros para que seamos hechos aptos para el reinado—Ro. 5:17, 21; cfr. Ez. 1:22, 26; Mt. 8:9.